

VIENE DE HOJA ANTERIOR

Según cuenta el autor en el prólogo, el público se amotinó y sólo le dejó leer un fragmento del texto porque lo encontraba ofensivo. Algunos datos interesantes: en su relato, Preciado dice muy claro que él no vivió nada parecido a lo que durante décadas se ha llamado disforia sexual. Lo que Preciado sentía cuando era niña y se llamaba Beatriz no era la necesidad de ser un hombre sino un instinto de rebeldía contra el orden franquista/patriarcal/colonial/binario que él, de adulto, considera como un todo. Deshacer su identidad femenina y, después, convertirse en varón fue su manera de luchar contra el sistema. *Yo soy el monstruo que os habla* es también una especie de *Carta al padre* de Kafka llevada al siglo XXI. Preciado se dirige a los psicoanalistas y les dice: me tratáis de enferma, de anomalía y de fruta podrida pero he sobrevivido para deciros que estáis del lado de los opresores y no de los oprimidos y que hemos venido a destruir vuestro mundo.

Las malas y *Yo soy el monstruo que os habla* se explican por oposición. Los personajes de *Las malas* son pobres e incultas y tratan de sobrevivir en un mundo hostil gracias al amor que se dan unas a otras. En cambio, el narrador de *Yo soy el monstruo que os habla* viene del mundo académico, es dueño de sus decisiones y desafía al sistema. Entre esas dos actitudes, entre los derechos humanos y la guerra cultural, está el debate de la nueva *Ley Trans*. ¿Son facetas compatibles?

La ministra de Igualdad, Irene Montero, anunció la semana pasada la redacción de una nueva norma que incluirá, como medida más llamativa, la posibilidad de rectificar el género de las personas en los documentos oficiales con una simple declaración. También para los menores, también sin autorización parental. La vicepresidenta Carmen Calvo ha criticado el planteamiento, como lo han hecho muchas activistas feministas. La discusión, de izquierdas contra izquierdas, es áspera y difícil de descifrar. Ayer mismo, Amelia Valcárcel, Ángeles Álvarez y Laura Freixas encabezaron un

manifiesto contra el proyecto de ley del Gobierno, al que calificaron de «reaccionario».

Desde una perspectiva tradicional, la *cuestión trans* tiene que ver con los derechos humanos. Un colectivo relativamente pequeño (50.000 españoles más los emigrantes) vive una situación de marginalidad crónica y el Estado prevé medidas que reparen su agravio. En principio, nadie habría de oponerse a una política así. Hace 14 años, cuando en España se aprobó la última Ley de Identidad de Género (pionera en el mundo en la despatologización de la transexualidad), el debate público fue mucho más leve que en 2021. El PP votó a favor en el Senado (después votó en contra en el Congreso) y la Conferencia Episcopal protestó con argumentos culturales pero se movilizó mucho menos que contra el matrimonio igualitario. Vox no existía y la oposición de las llamadas «feministas TERF» era inimaginable en 2007.

El enredo ocurre porque, tras 14 años, la «cuestión trans» ha ampliado su dimensión y se ha convertido en «la lucha por la autodeterminación de género». Tal y como se presenta hoy en el debate público, la discusión ya no sólo tiene que ver con la supervivencia de las mujeres de *Las malas*; también tiene que ver con la rebeldía de *Yo soy el monstruo*. Lo que antes era una especialidad académica casi clandestina, es hoy un asunto central en la discusión pública y se ha extendido a la política, a la morfología del idioma y hasta la cultura del entretenimiento. *Euphoria*, *Élite*, *Las chicas del cable*, *Vernon Subutex* y, por supuesto, *Veneno* tienen personajes transexuales que aparecen como héroes, más que como víctimas. ¿Se ha convertido la autodeterminación de género en el proyecto transgresor más importante

“LA IDEA DE QUE UNO SEA AUTOR DE SÍ MISMO ES MUY CAPITALISTA: CREÁTE SIN ATENDER A OTRA COSA MÁS QUE LA PROPIA VOLUNTAD”

de nuestro tiempo? ¿En el equivalente del obrerismo o del anarquismo en los siglos XIX y XX? ¿Y es bueno o malo ese desplazamiento del debate para esos 50.000 transexuales españoles?

«El paso al primer plano de la escena cultural de la lucha trans ha tenido que asumir la dimensión de una oposición bien articulada para fortalecer la demanda de un colectivo, que de otra manera no habría tenido la trascendencia que ha tenido», explica José Manuel Martínez Pulet, doctor en Filosofía y uno de los pioneros españoles que escribían sobre la *cuestión queer* hace 20 años. Existe, en su opinión, «un movimiento ciertamente universitario, de clase media que reclama un orden cultural que supere el binarismo del sexo y el género. Su agresividad de lucha cultural es heredera de la propia posición *queer* frente a la heteronormatividad dominante, no dispuesta, desde esta perspectiva, a ceder el ámbito del poder».

La paradoja es que, aquellos que escriben y actúan desde ese movimiento de autodeterminación de género y reivindican ese término liberador son los que más insisten en desvincularse de la idea de

“LOS ADOLESCENTES, SOBRE TODO LAS CHICAS, VIVEN ESA CRISIS DEL BINARISMO. EL GÉNERO SE HA CONVERTIDO EN SU BANDERA REBELDE”

subversión. «El gran interesado en contener las demandas trans en el ámbito de disputa de las guerras culturales es ese movimiento anti-género en el que la extrema derecha confluye con el autodenominado feminismo ilustrado, en el ámbito académico, y el feminismo radical, en los espacios activistas. [Se las encierra] en el ámbito de una disputa meramente cultural, académica o, como vemos repetidamente, como un conflicto entre diferentes corrientes de la teoría feminista», explica Pablo Pérez Navarro, doctor en Filosofía, investigador en Coimbra y profesor en

Minas Gerais. «Pero es imposible separar la dimensión simbólica de la libre determinación del género de la lucha contra la violencia y la exclusión económica y material».

La realidad es que raro es el texto sobre la autodeterminación sexual que no hable también de un horizonte de liberación y que incluya en él a aquellos que han vivido con naturalidad su género asignado. La tesis, en

resumen, dice que el hecho fisiológico importa poco comparado con el hecho social y cultural a la hora de considerarnos como hombres o mujeres y que rebelarse contra esa asignación social, «salir del gueto heterosexual», es una manera de pelear por la libertad y la fraternidad.

El planteamiento cala y se hace popular al mismo tiempo que encuentra detractores, también desde un punto de vista de izquierdas. «La idea de que uno puede ser el autor de sí mismo es una idea muy afín al capitalismo: créate sin atender a otra cosa que a la propia voluntad. Esto no quiere decir que la

autodeterminación no sea necesaria, justa y deseable en algunos casos, en muchos, pero la identidad no es una cuestión que se decida absolutamente en el ámbito de la voluntad. Todo ello casa muy bien con el individualismo capitalista y narcisista», dice Martínez Pulet.

En paralelo está la fatiga contra las políticas identitarias en sectores de parte de la opinión pública. Hay argumentos para el escepticismo incluidos en libros como *La trampa de la diversidad*, de David Bernabé (Akal), que dicen que millones de personas viven despreocupadamente su identidad sexual convencional y que, en el

fondo, nunca se movilizarán por una autodeterminación de género como bandera emancipadora porque nunca han demandado esa autodeterminación.

El ejemplo que ilustra esa

incomprensión sería el de Francia en 1968. Mientras que los veinteañeros burgueses se burlaban del mundo de sus padres en nombre de los oprimidos, la clase trabajadora votaba a Pompidou porque proponía ampliar la seguridad social

y alargar las vacaciones. Los estudiantes de mayo, en realidad, les resultaban narcisistas y arrogantes.

«Las iniciativas por la ley de identidad de género apuestan por garantizar derechos humanos. Si hay allí un desafío al orden establecido, eso se debe a que los derechos de las personas trans se violan de manera rutinaria. ¿A mucha gente no le importa? Efectivamente. Es más, mucha gente está de acuerdo con las violaciones sistemáticas de derechos. Pero ni su indiferencia ni su inmoralidad hacen que las iniciativas por los derechos de las personas trans sean otra cosa que legítimas

causas democráticas», responde Blas Radi, profesor de la Universidad de Buenos Aires.

«Yo no creo que haya tanto escepticismo», añade José Manuel Martínez Pulet. «Si acaso, lo hay en los que tenemos más de 40 o 50 años y en los conservadores. Pero una parte de los jóvenes y los adolescentes, sobre todo las chicas, viven ya esa crisis del binarismo y aceptan, aunque sea tímidamente, expresiones de género novedosas. La orientación sexual y el género son la bandera rebelde de las nuevas generaciones y muchos creen con ese sentido de distancia respecto al binarismo. Ignoro la amplitud real de esta afirmación, pero estoy seguro de que es un movimiento de la Historia».

«Es imposible hablar ya de un movimiento de izquierdas protagonizado por un sujeto revolucionario único y, menos, por un impertérrito obrero blanco, masculino y heterosexual», contesta Pérez Navarro. «Hace ya tiempo que los

feminismos, las luchas anti-globalización, antimilitaristas y los movimientos de gais, lesbianas, trans y *queers* transformaron la compartimentación clásica de lo que entendemos por izquierdas».

Siguiente duda: ¿Es la autodeterminación sexual un discurso nihilista en el que importa más destruir el viejo mundo que construir otro nuevo? En síntesis, ésta es la crítica del feminismo tradicional: ¿Por qué romper la baraja ahora que hemos logrado tanto?

Un ejemplo anecdótico pero que está en el debate actual es el del deporte de competición. Si las chicas que hoy juegan al baloncesto, tras un largo esfuerzo por extender el deporte entre las mujeres, han de competir contra jugadoras que tienen la envergadura de un varón, ¿se desanimarán y abandonarán? ¿Pesa más el derecho individual a hacer deporte del adolescente no binario o el bien común que es el deporte femenino?

«Eso me suena a la gente que decía en 2007 que el matrimonio igualitario iba a llevar a que la gente se casase con un perro», dice Carla Antonelli, diputada de la Asamblea de Madrid del PSOE y veterana activista trans. «O a cuando se decía que las parejas gais no podían adoptar niños porque eran unos pederastas e iban a violar a sus hijos. No ha pasado y no va a pasar, aunque quieran coger ejemplos absurdos. Somos personas, seres humanos vapuleados, no números. Que dejen vivir a la gente como quiera. Que no nos conviertan en *El cuento de la criada*».

La Ley Trans saldrá adelante y su polémica pasará a la historia: como una falsa querrela que escondía una pelea entre *lobbys* (es la teoría de Antonelli), como un avance asumido por la sociedad española con normalidad como ocurrió con el matrimonio gay... O quizá, como un paso hacia un mundo nuevo, como el que va de *Veneno* a *Years and years*, aquella serie en la que una niña dejaba de ser cuerpo y se volvía personalidad digital.